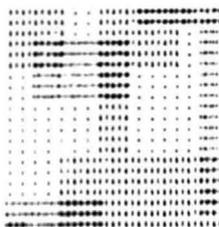


COMPUTACIÓN Y LITERATURA ¿OTRA REVOLUCIÓN?

Jaime Litvak King



Este trabajo se ha escrito con una computadora. No es un milagro ni es, todavía, una maravilla. No convierte lo que escribo en una obra maestra —como lo notará el lector— ni hace que yo piense mejor de lo que acostumbro o que me exprese con más propiedad.

Hace algunas cosas que me parecen atractivas. Pocas. Lo que escribo queda, no en papel, sino en los misteriosos intestinos de la máquina, y puedo borrar, agregar, corregir y cambiar a mi entero antojo. Es más, puedo poner un párrafo o una palabra en el lugar en que se me antoje, ver cómo queda ahí y dejarlo o moverlo a mi voluntad. Esto, desde luego, no es nuevo. Antes lo hacía con pegosteol blanco, tijeras y goma de pegar. A veces borra sin que yo haya hecho nada. En esos momentos extraño mi vieja máquina de escribir.

Como sólo veo parte de mi trabajo en la pantalla —quién me manda; por otros 1 500 dólares podría tener una pantalla más grande— puedo dividirla y pasar por ella, simultáneamente, varias partes de un documento o aun varios documentos para ver si me repito o para autofusilarme convenientemente.

Me permite corregir mi ortografía. Puedo pasar lo que escribí por una especie de diccionario donde, a través de años, he almacenado miles de palabras, y el programa me señala las palabras que no están deletreadas según esa fuente. Eso me salva de los errores de teclado y, los que como yo, escriben con dos o tres dedos, que pasan más o menos cerca de las teclas que quiero oprimir, tienen la oportunidad de presentar algo legible con una cantidad de trabajo infinitamente menor al que tomaba con una máquina de escribir. Esto no sustituye a mi asistente que, como si fuera mi madre, me ve por detrás del hombro y me corrige.

Puedo hacer otras cosas. Una es automatizar mis notas a pie de página. Ya no tengo que recurrir al viejo truco de escribir las en la máquina de escribir, de abajo hacia arriba, hasta encontrarme con la página de texto. Mi computadora lleva la cuenta del orden en que las quiero, las numera, les da el formato debido y las coloca en su lugar. Esto sería fabuloso, excepto que mi profesión, que desarrolló su estilo en épocas más antiguas, no usa casi nunca pies de imprenta.

Puedo mejorar mi vocabulario. Una lista de palabras afines me permite escoger términos adecuados (todavía no hace mucho porque, si la va uno a usar en español hay que ir la construyendo). Con el tiempo será muy útil; hoy es una lata. Si estoy escribiendo en inglés puedo verificar mi gramática, ver si mis comas están en el lugar adecuado, que todos los verbos en una oración estén de acuerdo en su tiempo. Cuando paso un trabajo por ese programa sale como si lo hubiera escrito un maestro de primaria en una escuela rural en Iowa.

Puedo cambiar formatos. Escoger el tipo de letra que voy a usar se vuelve sencillo. En la máquina que estoy usando para escribir tengo 34 tipos distintos: manuscritos, de imprenta, romanos, góticos, con o sin serif, cirílicos, griegos, hebreos y japoneses. Hasta glifos. Puedo escribir en rúnico o en una de muchas variantes de monitos pseudochistosos. Nunca los usaré, pero es impresionante poder escribir algo y ver cómo se vería si lo hubiera hecho un amanuense en la Edad Media. Mi equipo me permite poner acentos graves, agudos y cincunflejos, diéresis, tildes y algunos otros signos que ni sé para qué sirven, pero si alguna vez necesito escribir en búlgaro, no tendré la menor dificultad.

Cada uno de esos tipos puede imprimirse en un tamaño que va desde 6 hasta 72 puntos, lo que da, cuando menos, gran paz de espíritu, aunque no resulte muy útil. Puedo usarlos en

su forma original, en negrillas, en cursivas, en silueta, subrayarlos y varias maneras más. El resultado es un manuscrito que refleja fielmente características muy mías, como mi total falta de sentido estético. Lo que hago con ellos tendría mucho éxito para hacer anuncios de peluquería. Pero sigo intentándolo y muy pronto mis manuscritos no le tendrán envidia a los de Apollinaire.

Otra cosa que se puede hacer con facilidad es justificar a la izquierda, a la derecha o en ambas direcciones. Cuando lo hago quedan unos huecos enormes entre palabras que tengo que afinar con guiones. No puedo poner el dispositivo automático —que viene incluido— porque hace los cortes con el algoritmo del inglés y el resultado es, si uno es benévolo, bastante chistoso. Pero ya hay algunos programas en español.

Puedo dibujar. Mejor dicho, podría dibujar si tuviera el menor talento para ello. Como lo único que hago peor que las matemáticas es el dibujo, sustituyo esa desventaja porque puedo digitalizar. Meter a la computadora, desde un aditamento especial o desde la televisión, cualquier escena y puedo insertar esa gráfica al texto. Escribir un trabajo sobre la arqueología del epiclásico de Mesoamérica e ilustrarla con Verónica Castro cantando o con una escena de la pelea del Maromero Páez es, a pesar de lo que diga mi editor, una excelente idea.

Puedo imprimir. En la impresora de mi escritorio las letras se ven bien, bastante mejor que en una máquina de escribir. Pero si quiero una impresión de primera calidad, tengo que buscar una impresora láser. Todavía son caras y escasas, así que reservo su uso sólo para la versión que va a la imprenta.

Puedo jugar con la computadora. Si alguna vez nos invaden los marcianos, yo estaré en grandes problemas cuando me busquen para pagar la muerte de millones de ellos cuya vida he segado en infinidad de juegos en mi equipo. He encontrado muchas veces el tesoro de la momia azteca escapando de peligrosos abismos y temibles animales salvajes, además de fantasmas, zombies y monstruos surtidos. No logro entusiasarme con las aventuras de la tortuga adolescente ninja, quizá porque no soy de la generación apropiada, pero *Tetris* me ha demostrado que el peligro soviético existe realmente.

Puedo, y ahí empieza lo interesante, crear bases de datos. Lo que antes hacíamos con tarjetas en cajas de zapatos hoy lo hago en el interior de la computadora. Tengo una espléndida base de datos con los nombres, direcciones y teléfonos de todo el mundo. En algunos casos hasta incluye su cumpleaños. Tengo otra con todas las canciones de los discos que tengo. Otras más, que tienen que ver con mi trabajo profesional y con mi vida en la Universidad están creciendo paulatina y lentamente. Todavía no hacen mucho pero, con el tiempo, seguramente lo harán.

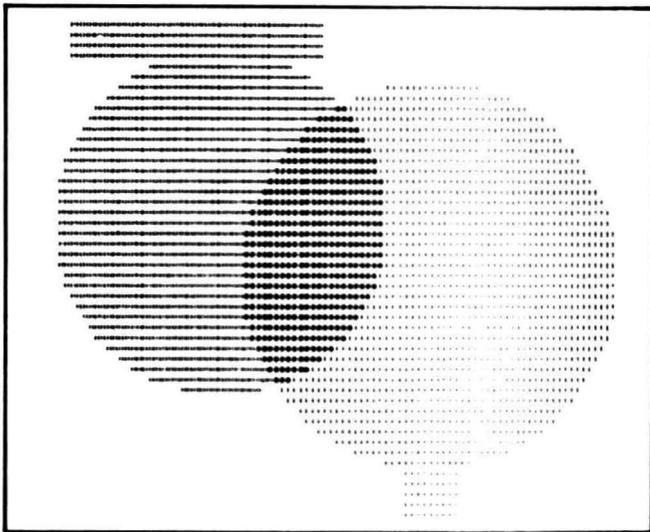
También puedo comunicarme con otras computadoras por teléfono. Es decir, podría comunicarme por teléfono si las líneas públicas no estuvieran hechas de mecate viejo. Cuando lo hago recibo toda suerte de basura electrónica. Sin embargo, en noches tranquilas, cuando tengo la conciencia limpia, logro entrar a la computadora de la Universidad y consultar el fichero de la biblioteca o meterme a Bitnet, donde hay generalmente mensajes de colegas que me escriben desde lejanas partes del mundo para decirme que todo está sin novedad y que no pasa nada.

En otras palabras: uso la computadora para lo mismo que antes usaba una máquina de escribir. No hago con ella nada que sea nuevo ni original. Cuando intento algo con originalidad generalmente no me sale. Soy de la primera generación

de usuarios y tanto mi mente como mi anatomía están todavía apuntadas a la máquina de escribir. Hasta aquí una computadora es sólo una máquina de escribir muy cara.

Entonces, ¿por qué se habla de revolución? Porque hay algunas cosas que se hacen, alrededor de nosotros, que permiten presagiarla. Y, como es costumbre, la revolución no se dio ni en el equipo ni en el uso que originalmente se planeó para ella.

Para los cincuenta ya había computadoras. Eran enormes aparatos. Ocupaban edificios enteros. Tenían que estar bajo aire acondicionado y sus alambres y conexiones requerían de un piso falso para poder caminar cerca de ellas. Esos aparatos operaban con bulbos, como los radios antiguos, y hacían lo que sus diseñadores querían hacer con ellos: procesaban una gran cantidad de números a una velocidad increíble. No im-



portaban mucho. Hacían ciencia y llevaban cuentas de grandes compañías. Eran operadas por sacerdotes vestidos de blanco con los que uno se comunicaba entregándoles tarjetas perforadas por una ventanilla.

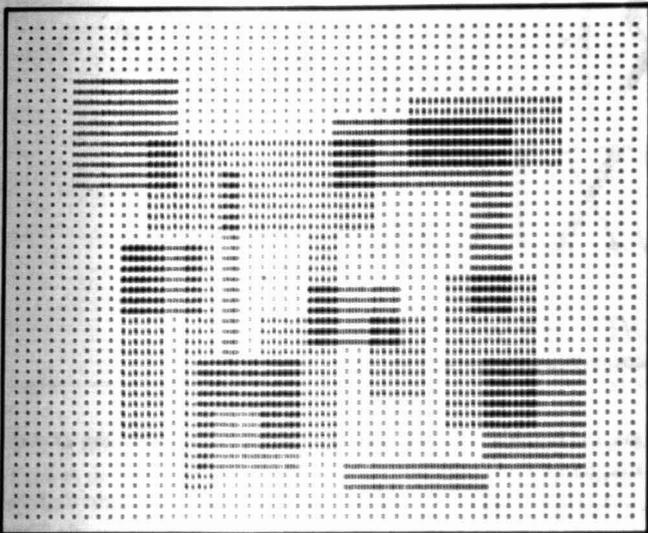
Con el tiempo esas máquinas se modificaron. El bulbo fue cambiado por el transistor y se hicieron más chicas, más rápidas y más poderosas. Este fue el momento en que los humanistas entraron al negocio: a los antropólogos, a los lingüistas, a los teólogos y a los músicos corresponde el honor. Desde 1963 se empezaron a hacer bases de datos para catálogos de museos y concordancias en textos bíblicos. Se empezó a componer la cacofonía llamada Música por Computadora.

Un problema interesante era la inexistencia de Software —programas— de manera que todo lo que quería uno hacer empezaba por escribir un programa. Esto descalificaba a muchos. Los lenguajes de programación —Fortran, Algol, Cobol— eran formulaciones matemáticas. Ser humanista no era blasón de orgullo en un centro de cálculo cuyos habitantes se dividían entre los que sabían de la máquina y los que sabían de programas. Uno no sabía de ninguna de las dos cosas.

Sin embargo se hicieron trabajos sumamente interesantes: Lévi-Strauss escribe *Les Structures Elementaires de la Parenté* y su análisis lo hace con una computadora. Swadesh, desde la UNAM, empieza la sistematización de los elementos que constituyen los glifos mayas. Eventualmente Hodd, en Harvard, hace Symap y se empezó a mapear. Una de las primeras cosas que se hicieron en eso fue el estudio de Cowgill sobre las distribuciones de tipos de artefactos de Teotihuacán.

Para los setenta se gestaba otro cambio. El circuito impreso permitió otra reducción en el tamaño. Luego llegó el microchip, un circuito completo excavado en un fragmento de silicón y éste redujo aún más las medidas del artefacto. Con él se pudo concebir la microcomputadora, que fue universalmente despreciada por casi todos cuando empezó. No se inventó en centros de cálculo sino fue el producto de grupos de adolescentes, en sus escuelas y en sus casas, o de compañías chacharras como Radio Shack. La revolución empezó con ellas.

Las microcomputadoras eran aparatos mucho más chicos y mucho más lentos que los monstruos del centro de cálculo. Podían estar sobre el escritorio, sin clima artificial y sin piso falso y programarlas era una delicia. BASIC, el lenguaje que usaban, no era fórmulas sino órdenes que se expresaban en inglés co-



mún y corriente. Había nacido el concepto de *User Friendly* y mucha gente empezó a comprarlas.

Pronto aparecieron los vendedores de Software. Además de juegos, que había muchos, se escribieron tres tipos de programas que fueron los que rompieron la barrera: el más importante fue VISICALC, un sistema que permitía hacer tablas de números y en el que la inclusión de una nueva cifra modificaba todos los productos en que ella podía intervenir. Los estancillos podían llevar su contabilidad por computadora. Otro eran bases de datos preconformadas. Pronto llegó el procesador de textos. No había ya que escribir programas para la inmensa mayoría de lo que uno quería hacer con una computadora. Bastaba con operar un programa prefabricado de acuerdo con instrucciones sencillas. Pronto hubo piratería de programas. ¡Llor, honra y prez por los siglos para el inventor de *Locksmith!* De ahí pa'l real. Las micros crecieron y se hicieron más rápidas. Salió *Print Shop* y, con él, incontables secundarias empezaron a producir boletines y anuncios. Adquirieron más memoria y se pudo, por lo tanto, generar documentos más largos. Se desarrolló una microcomputadora, *Lisa*, con capacidad de formatear en pantalla. Fracasó porque costaba demasiado. Cuando sus inventores regresaron a este planeta e hicieron la *Macintosh* habían creado un instrumento ideal para imprimir libros desde la computadora. Pronto se desarrollaron programas que forzaban a que una PC hiciera un trabajo similar.

Alguien, eventualmente, descubrió el equivalente electrónico del Huevo de Colón. Si una computadora pudiera enviar

a una fotocopidora una imagen igual a la que tiene en pantalla, la copiadora la imprimiría con una calidad sólo limitada por el *Toner* que usara. Había nacido la impresora de láser.

La revolución había triunfado. El resto son sus consecuencias. La mayor parte de los libros que hoy se publican se originan, no en un linotipo, sino en una computadora. Muchos de los artículos no llegan en manuscrito sino en *Floppy* o se transmiten por teléfono. La linotipia se está convirtiendo en una artesanía para trabajos especiales. Casi toda la música que se imprime se escribe en aparatos de esos.

Imagínese una imprenta en su casa. Tiene usted cientos de tipos. Muchos más que los que puede tener una imprenta comercial. Cada uno de ellos está en varios tamaños. Puede usted usar los símbolos que quiera. Puede digitalizar imágenes—incluso sonido, si por ahí le da por eso. Usted es el dueño no sólo del contenido de su artículo sino de su formato, hasta el mínimo detalle. Paginación, cornisas, notas a pie de página no son problema. Esto no cuesta trabajo porque su editor le pasará un formato standard y su computadora se ajustará a él automáticamente. Su programa le permite hacer índices analíticos del libro.

El resultado saldrá con una resolución mejor que el de una imprenta. No notará usted la diferencia. El Fondo de Cultura Económica imprime en una de las redes de microcomputadoras más impresionantes que haya usted visto jamás. Desde calendarios hasta la nueva versión de la Biblia están dentro de su capacidad. Y esto no cuesta demasiado dinero. La inversión en aparatos para hacer tipo se vuelve redundante. Todo lo va a mandar usted a offset. Como guarda usted una copia no hay problema de almacenamiento para producir ediciones subsiguientes, incluso para corregir y aumentarlas.

Lo que ha pasado es que, sencillamente, el arte de imprimir deja, porque es más barato y es más fácil, de ser de la propiedad de las imprentas. La revolución ha sido, fundamentalmente, económica, en dinero y en trabajo. Los resultados ya se han dado. Salen cientos de revistas chicas en campos que antes no comunicaban públicamente. Los estudiantes chinos mandaron, durante Tiananmen, noticias por teléfono desde computadoras, a sus compañeros en Hong Kong y de ahí al resto del mundo. Samizdat electrónico. La microcomputadora, como la fotocopidora, es uno de los elementos con potencial subversivo más grandes de nuestra época.

Mucho de lo que se hace es basura. Cierzo. En un sistema que se generaliza los standards aceptados dejan de operar. Piense un momento: ¿para qué usa usted el coche? ¿Para qué usan sus hijos el teléfono? El fenómeno de la microcomputación y aplicaciones a la publicación se parece a esos casos. Hay millones de malísimos conductores de autos. La mayor parte de las conversaciones telefónicas son triviales. Sin embargo, también está Ayrton Senna y, cuando necesita usted llamar al médico por una emergencia, agradece que funcione el teléfono. Los casos de trivialidad son los costos sociales de un invento que se populariza y lo que carga con el gasto de desarrollo para sostener los usos más completos y relevantes.

Para un país como el nuestro, para una universidad como la nuestra, no hay opción. Lo único que se puede hacer es ponerse al día y avanzar en el uso y la creación en la computación aplicada a la publicación. No se valen adjetivos. La revolución ya se dio y ya ganó. Los cambios ya no dependen de la opinión de usted o de la mía. El mundo de la publicación es hoy el mundo de la microcomputación. Nosotros, como personas, como país y como Universidad, no tenemos opción. ◇